

# Introducción

Hace noventa años Ángel Herrera, con sus colaboradores del diario *El Debate*, ponía en marcha una de las iniciativas más novedosas e inteligentes que se han desarrollado en España para dotar a los periodistas de una formación integral, porque pretendía aunar la capacidad profesional con la categoría humana. Su Escuela de Periodismo se adelanta a todas las realizaciones españolas en este campo y proyecta desde el primer momento un rigor y una exigencia que no siempre se ha tenido el valor y la conciencia de implantarla en las Escuelas y Facultades que han sido creadas desde entonces. Al menos, de forma meditada y constructiva, exacta y cabal.

Para llevar a la práctica su proyecto, Herrera Oria y los que le secundaban tuvieron que enfrentarse a la ignorancia y la desidia, a las burlas y la desconfianza de quienes no deseaban cambiar, pues preferían que todo continuara igual como hasta entonces. Desafiaron a los conformistas, esos a los que espanta cualquier innovación que se les propone, por irrelevante que parezca, pues su seguridad se tambalea desde el momento en que se les señalan caminos nuevos que les obligan a un mayor esfuerzo. Dieron de lado a los mediocres, que tanto abundan, a los que solo les importa continuar con su rutina y no están dispuestos al esfuerzo y la creatividad que exige nuestra tarea. Se alejaron de los bohemios, porque constituían una lacra para la profesión, un sector apático e irreductible frente al trabajo bien hecho. Demostraron que era posible el aprendizaje, cuando hay cualidades y un interés previo en un tiempo en que la frase más repetida era «el periodista nace, no se hace».

No hubiera sido posible lanzarse a semejante innovación si no fuera porque las ideas estaban claras en la mente de su promotor: «Hay que partir del elevadísimo concepto que Herrera tenía del papel de la prensa para comprender la importancia que dio a la formación académica de los periodistas, y, como consecuencia, que concibiese la idea de una Escuela de Periodismo, que llevó adelante a contrapelo de la mayoría de los profesionales» (García Escudero 1998: 66). En 1926 comenzó aquella histórica Escuela de Periodismo de *El Debate*, que si la hubieran dejado continuar se habría consolidado en una carrera de cinco años y habría concluido por integrarse en la Universidad, como era el pensamiento de don Ángel. En aquellos diez años orientaron hacia el

aprendizaje del periodismo a los mejor dispuestos entre los estudiantes y jóvenes profesionales de la época, al tiempo que pasaban por sus aulas alumnos que, con el tiempo, se convirtieron en grandes periodistas, muy preparados en lo profesional y conscientes de sus responsabilidades como informadores y, en la mayoría de los casos, como católicos. Los que optaron por dedicarse a otras tareas no se recataron de reconocer lo que les aportó un plan de estudios exigente y unos profesores tan competentes como entregados.

A pesar de que Herrera no era amigo de lisonjas ni de echarse flores por lo que había conseguido, cuando se despide de los amigos, redactores y colaboradores que le han ayudado en la aventura que fue levantar el edificio periodístico de *El Debate* dedica unas sentidas palabras a esta querida hijuela del periódico: «Todo lo imaginado, lo he visto logrado con creces: (...) como instrumento forjador de los hombres necesarios, la Escuela de Periodismo, práctica y eficiente. Permittedme que, de pasada,, rinda aquí un homenaje al profesorado de la Escuela y al compañero, por tantos títulos queridísimo, que es el que, de hecho, la gobierna»<sup>1</sup>.

La Escuela se extinguió en 1936, pero la semilla germinó y sus enseñanzas se expandieron a través de la Escuela Oficial de Periodismo, de los cursos de periodismo de la Universidad de Verano de Santander y, sobre todo, de la Escuela de Periodismo de la Iglesia, origen de la carrera de periodismo en la Universidad CEU San Pablo (es la línea de desarrollo más consistente, aunque se manifiesten brotes de aquel germen en otras iniciativas coetáneas). Aquel centro proporcionó en los diez años de funcionamiento un número elevado de periodistas competentes y vocacionados que no tardaron en desempeñar puestos de responsabilidad en algunas ocasiones, pero sobre todo mostraron a veteranos y principiantes que aquellas enseñanzas arduosamente exigidas eran de utilidad para el trabajo diario de las redacciones y para lograr periódicos de una mayor calidad.

Uno de sus primeros y más destacados alumnos, Pedro Gómez Aparicio, se convirtió un día en profesor de las dos Escuelas de Periodismo (la Oficial y la de la Iglesia) y en el discurso que se le encomendó en la primera para inaugurar el curso 1969 comenzaba por esta declaración: «Pertenezco –tengo que proclamarlo con orgullo– a la más antigua generación de periodistas –limitada en su número; vacilante todavía en sus pasos– que, ocho lustros atrás, salió de una Escuela de Periodismo en España: la del gran diario católico *El Debate*. He conocido –y, naturalmente, padecido– el desconcierto expectante y la

---

<sup>1</sup> Se refiere a Fernando Martín-Sánchez Juliá, al que había colocado en este puesto de responsabilidad: «El ideario de *El Debate*» (8 de febrero de 1933), en *Obras completas* (2004: V, 480).

bien manifiesta hostilidad con que la Sociedad y la Profesión acogieron, respectivamente, aquella anticipada y audacísima proclamación española de que también el Periodismo se enseña. Permitidme un recuerdo conmovido para el llorado Cardenal don Ángel Herrera Oria, primer propugnador de las Escuelas de Periodismo en nuestra Patria, y para mis inolvidables maestros y compañeros de entonces, muchos de ellos ya desaparecidos. Porque a una Escuela de Periodismo debo lo más fundamental de mi preparación, quisiera estimular en vosotros, los periodistas nuevos que un día cualquiera nos vais a suceder a los actuales, el amor hacia esta institución, ennoblecida y prestigiada ya por tantos y tan esclarecidos nombres como son los que hoy llenan las listas de sus ex alumnos» (1969: 3).

## Compañerismo

No nos sorprende que mantuviera un recuerdo tan agradecido y sostenido en el tiempo, porque aquella Escuela imprimía carácter. Lo vemos en la admiración que sentían por sus profesores y en el compañerismo que se vivía entonces y que perduró en el resto de sus vidas. Allí no se perdía el tiempo, sino que aumentaban los conocimientos y se adquirían habilidades, lo que impulsaba el crecimiento de sus poseedores y elevaban el nivel de inferiores e iguales. Por encima de los defectos y carencias que toda obra humana conlleva, merece que resaltemos sus valores, porque dio un vuelco a muchas ideas obsoletas que por entonces se manejaban en la profesión, que ha costado cercenar, aunque no sabemos cuándo llegará el día en que desaparezcan por completo.

Cuando echamos un vistazo a la valía de los periódicos que por entonces se confeccionaban hallamos muestras de competencia y nombres que han pervivido a pesar del tiempo transcurrido desde entonces, porque es mucho lo que pueden enseñarnos todavía. Pero son muestras sobresalientes que no permiten hacernos a la idea del nivel general que percibían los lectores de la época: un nivel más bien anodino y en ocasiones inconsistente, alejado de lo que en nuestros días consideramos exigible. Ello era debido a que al lado de tales personalidades abundaban quienes no se hallaban a la altura de lo deseable. Sin embargo, la llegada de compañeros con mayores conocimientos y que habían «sufrido» las exigencias y el rigor que allí se imponía es lo que va a producir benéficos frutos, porque este afianzamiento de talentos y méritos es lo que infundirá aprecio a la tarea y autoestima en razón de lo que se está logrando.

Pero el mayor provecho es el que se derivó de hacer ver a nuestra sociedad y sobre todo a la profesión que era posible el aprendizaje del periodismo. Alguna noticia llegaba de lo que estaba ocurriendo en otras sociedades, las que

se tomaban este tema en serio, convencidas de la responsabilidad social que incumbe a la prensa. Pero en aquellos momentos esa realidad se percibía entre nosotros casi como una excentricidad, algo propio de países donde predominaba una mentalidad utilitarista, con desprecio del genio y la inventiva, de la capacidad de ofrecer textos livianos y sorprendentes frente a la severa disciplina y apego a la más estricta realidad que se usaba en otros lugares. ¿A nadie se le ocurriría pensar que tal vez la orientación de los contenidos periodísticos que se obtenía de esa manera podría ser el deseable y que para llegar a ella no hay como preparar de manera metódica y bien orientada a quienes van a ejercer el oficio? Esa visión, que hoy tildaríamos de lógica y deseable, no era ciertamente la más extendida, pero fue la que desarrollaron unos pocos visionarios, precisamente los que pusieron en marcha esta Escuela.

Podían perpetuarse las burlas por parte de los irreductibles y continuar dándole la espalda a una novedad nada despreciable, pero algunos ya iban cayendo en la cuenta de los beneficios que producía y el número de los escépticos disminuía a medida que se divulgaba su positivo quehacer y se iban conociendo a los beneficiarios de sus enseñanzas. Bien es verdad que muchos han tardado en enterarse y algunos no han querido aceptarlo nunca. Pero, claro, nadie está obligado a llevar los ojos abiertos cuando sale a la calle.

Quizás la primera confusión procede de que se habla del ejercicio profesional del periodismo como de un arte (comparándolo con la pintura o la poesía en ocasiones), para el que es indispensable poseer una serie de cualidades innatas sin las cuales no es posible actuar certeramente en el mundo de la prensa. Pero el periodismo no es un arte, sino una profesión y una entrega, para la que es evidente que se precisa de una inclinación inicial, sin que se deba apartar necesariamente a los que no la posean en un primer momento, cuando puede alcanzarse de manera sobrevenida. Aquel que cuente con unas dotes tempranas estará en condiciones de llegar más lejos, pero no hay que desestimar a los que han sido capaces de sobreponerse a esa carencia y han adquirido las cualidades necesarias a base de esfuerzo y de estudio.

Por otra parte, el que algunos candidatos a trabajar en los periódicos pasaran previamente por las aulas y tuvieran de esa manera una preparación más intensa y específica para el trabajo que iban a realizar, lo que lograba era poner en evidencia a quienes no contaban con ella y se encontraban en inferioridad de condiciones en relación con los nuevos compañeros. Tal situación resulta claramente molesta para quienes se hallan ya asentados y en ese caso la reacción más común de los afectados es manifestar el desprecio hacia la formación que se imparte fuera de las redacciones y destacar el valor exclusivo de la

experiencia. Esa es la actitud que se prodigaba por entonces y es la que hemos continuado observando con frecuencia hasta el momento presente (aunque ya no con la misma intensidad).

El que ciertos redactores lleguen a su puesto de trabajo con ignorancia sobre algunos aspectos de la realidad con que se van a encontrar no significa que sea inútil el aprendizaje, sino que no ha sido todo lo completo y bien orientado que sería de desear, que tal vez no se han esforzado lo suficiente para adquirir esos conocimientos que se echan en falta o que hay capacidades que solo se desarrollan o se complementan con el ejercicio diario. En otras ocasiones se trata claramente de envolturas marginales, a las que interesadamente se da más importancia de la que tienen.

Para comprender con toda profundidad y amplitud lo que propuso esta Escuela hay que situarse ante el ambiente y la mentalidad que estamos describiendo, hondamente distinta a la de nuestros días. La profesión ha cambiado de manera sustancial en este sentido y se acepta con bastante normalidad lo que en otro tiempo chocaba de frente con lo establecido. Por otra parte, la enseñanza universitaria se ha extendido a toda clase de materias, algunas de las cuales casi resulta inconcebible que hayan encontrado acogida en su seno, y nuestra sociedad muestra una exigencia muy extendida sobre el paso por sus aulas (que valore esta presencia como hace un siglo ya es otro cantar). Por eso puede extrañar que pongamos énfasis en la aportación de los dirigentes de *El Debate*. Pero, como saben los historiadores, toda realidad pasada hay que valorarla en el contexto en el que surge y en la fuerza que muestra ante las resistencias retardatarias a las que se enfrenta.

## Lecciones de una experiencia

Hay sobrados motivos para sumergirnos en la vida de aquella Escuela y sacar a flote los vestigios de sus intenciones y actividad. En primer lugar, para documentar los pasos iniciales del aprendizaje reglado que se ofrece a los aspirantes a trabajar en las redacciones. En segundo lugar, para mostrar los cambios experimentados en la mentalidad de los periodistas respecto a su preparación, carácter de su tarea y la propia consideración de su papel social. No es de menor importancia el rescatar las escasas referencias que se conservan sobre esta iniciativa. Que no son muchas y que se repiten siempre en los mismos términos, pero que bien merecen ser puestas de relieve para destacar su novedad y extraer lecciones que nunca estorban.

Si tuviéramos que resumir los puntos principales de la enseñanza que se impartía en aquella Escuela, aquellos que se hallan en la base de las clases,

# Introducción

Hace noventa años Ángel Herrera, con sus colaboradores del diario *El Debate*, ponía en marcha una de las iniciativas más novedosas e inteligentes que se han desarrollado en España para dotar a los periodistas de una formación integral, porque pretendía aunar la capacidad profesional con la categoría humana. Su Escuela de Periodismo se adelanta a todas las realizaciones españolas en este campo y proyecta desde el primer momento un rigor y una exigencia que no siempre se ha tenido el valor y la conciencia de implantarla en las Escuelas y Facultades que han sido creadas desde entonces. Al menos, de forma meditada y constructiva, exacta y cabal.

Para llevar a la práctica su proyecto, Herrera Oria y los que le secundaban tuvieron que enfrentarse a la ignorancia y la desidia, a las burlas y la desconfianza de quienes no deseaban cambiar, pues preferían que todo continuara igual como hasta entonces. Desafiaron a los conformistas, esos a los que espanta cualquier innovación que se les propone, por irrelevante que parezca, pues su seguridad se tambalea desde el momento en que se les señalan caminos nuevos que les obligan a un mayor esfuerzo. Dieron de lado a los mediocres, que tanto abundan, a los que solo les importa continuar con su rutina y no están dispuestos al esfuerzo y la creatividad que exige nuestra tarea. Se alejaron de los bohemios, porque constituían una lacra para la profesión, un sector apático e irreductible frente al trabajo bien hecho. Demostraron que era posible el aprendizaje, cuando hay cualidades y un interés previo en un tiempo en que la frase más repetida era «el periodista nace, no se hace».

No hubiera sido posible lanzarse a semejante innovación si no fuera porque las ideas estaban claras en la mente de su promotor: «Hay que partir del elevadísimo concepto que Herrera tenía del papel de la prensa para comprender la importancia que dio a la formación académica de los periodistas, y, como consecuencia, que concibiese la idea de una Escuela de Periodismo, que llevó adelante a contrapelo de la mayoría de los profesionales» (García Escudero 1998: 66). En 1926 comenzó aquella histórica Escuela de Periodismo de *El Debate*, que si la hubieran dejado continuar se habría consolidado en una carrera de cinco años y habría concluido por integrarse en la Universidad, como era el pensamiento de don Ángel. En aquellos diez años orientaron hacia el

aprendizaje del periodismo a los mejor dispuestos entre los estudiantes y jóvenes profesionales de la época, al tiempo que pasaban por sus aulas alumnos que, con el tiempo, se convirtieron en grandes periodistas, muy preparados en lo profesional y conscientes de sus responsabilidades como informadores y, en la mayoría de los casos, como católicos. Los que optaron por dedicarse a otras tareas no se recataron de reconocer lo que les aportó un plan de estudios exigente y unos profesores tan competentes como entregados.

A pesar de que Herrera no era amigo de lisonjas ni de echarse flores por lo que había conseguido, cuando se despide de los amigos, redactores y colaboradores que le han ayudado en la aventura que fue levantar el edificio periodístico de *El Debate* dedica unas sentidas palabras a esta querida hijuela del periódico: «Todo lo imaginado, lo he visto logrado con creces: (...) como instrumento forjador de los hombres necesarios, la Escuela de Periodismo, práctica y eficiente. Permittedme que, de pasada,, rinda aquí un homenaje al profesorado de la Escuela y al compañero, por tantos títulos queridísimo, que es el que, de hecho, la gobierna»<sup>1</sup>.

La Escuela se extinguió en 1936, pero la semilla germinó y sus enseñanzas se expandieron a través de la Escuela Oficial de Periodismo, de los cursos de periodismo de la Universidad de Verano de Santander y, sobre todo, de la Escuela de Periodismo de la Iglesia, origen de la carrera de periodismo en la Universidad CEU San Pablo (es la línea de desarrollo más consistente, aunque se manifiesten brotes de aquel germen en otras iniciativas coetáneas). Aquel centro proporcionó en los diez años de funcionamiento un número elevado de periodistas competentes y vocacionados que no tardaron en desempeñar puestos de responsabilidad en algunas ocasiones, pero sobre todo mostraron a veteranos y principiantes que aquellas enseñanzas arduosamente exigidas eran de utilidad para el trabajo diario de las redacciones y para lograr periódicos de una mayor calidad.

Uno de sus primeros y más destacados alumnos, Pedro Gómez Aparicio, se convirtió un día en profesor de las dos Escuelas de Periodismo (la Oficial y la de la Iglesia) y en el discurso que se le encomendó en la primera para inaugurar el curso 1969 comenzaba por esta declaración: «Pertenezco –tengo que proclamarlo con orgullo– a la más antigua generación de periodistas –limitada en su número; vacilante todavía en sus pasos– que, ocho lustros atrás, salió de una Escuela de Periodismo en España: la del gran diario católico *El Debate*. He conocido –y, naturalmente, padecido– el desconcierto expectante y la

---

<sup>1</sup> Se refiere a Fernando Martín-Sánchez Juliá, al que había colocado en este puesto de responsabilidad: «El ideario de *El Debate*» (8 de febrero de 1933), en *Obras completas* (2004: V, 480).

bien manifiesta hostilidad con que la Sociedad y la Profesión acogieron, respectivamente, aquella anticipada y audacísima proclamación española de que también el Periodismo se enseña. Permitidme un recuerdo conmovido para el llorado Cardenal don Ángel Herrera Oria, primer propugnador de las Escuelas de Periodismo en nuestra Patria, y para mis inolvidables maestros y compañeros de entonces, muchos de ellos ya desaparecidos. Porque a una Escuela de Periodismo debo lo más fundamental de mi preparación, quisiera estimular en vosotros, los periodistas nuevos que un día cualquiera nos vais a suceder a los actuales, el amor hacia esta institución, ennoblecida y prestigiada ya por tantos y tan esclarecidos nombres como son los que hoy llenan las listas de sus ex alumnos» (1969: 3).

## **Compañerismo**

No nos sorprende que mantuviera un recuerdo tan agradecido y sostenido en el tiempo, porque aquella Escuela imprimía carácter. Lo vemos en la admiración que sentían por sus profesores y en el compañerismo que se vivía entonces y que perduró en el resto de sus vidas. Allí no se perdía el tiempo, sino que aumentaban los conocimientos y se adquirían habilidades, lo que impulsaba el crecimiento de sus poseedores y elevaban el nivel de inferiores e iguales. Por encima de los defectos y carencias que toda obra humana conlleva, merece que resaltemos sus valores, porque dio un vuelco a muchas ideas obsoletas que por entonces se manejaban en la profesión, que ha costado cercenar, aunque no sabemos cuándo llegará el día en que desaparezcan por completo.

Cuando echamos un vistazo a la valía de los periódicos que por entonces se confeccionaban hallamos muestras de competencia y nombres que han pervivido a pesar del tiempo transcurrido desde entonces, porque es mucho lo que pueden enseñarnos todavía. Pero son muestras sobresalientes que no permiten hacernos a la idea del nivel general que percibían los lectores de la época: un nivel más bien anodino y en ocasiones inconsistente, alejado de lo que en nuestros días consideramos exigible. Ello era debido a que al lado de tales personalidades abundaban quienes no se hallaban a la altura de lo deseable. Sin embargo, la llegada de compañeros con mayores conocimientos y que habían «sufrido» las exigencias y el rigor que allí se imponía es lo que va a producir benéficos frutos, porque este afianzamiento de talentos y méritos es lo que infundirá aprecio a la tarea y autoestima en razón de lo que se está logrando.

Pero el mayor provecho es el que se derivó de hacer ver a nuestra sociedad y sobre todo a la profesión que era posible el aprendizaje del periodismo. Alguna noticia llegaba de lo que estaba ocurriendo en otras sociedades, las que



se tomaban este tema en serio, convencidas de la responsabilidad social que incumbe a la prensa. Pero en aquellos momentos esa realidad se percibía entre nosotros casi como una excentricidad, algo propio de países donde predominaba una mentalidad utilitarista, con desprecio del genio y la inventiva, de la capacidad de ofrecer textos livianos y sorprendentes frente a la severa disciplina y apego a la más estricta realidad que se usaba en otros lugares. ¿A nadie se le ocurriría pensar que tal vez la orientación de los contenidos periodísticos que se obtenía de esa manera podría ser el deseable y que para llegar a ella no hay como preparar de manera metódica y bien orientada a quienes van a ejercer el oficio? Esa visión, que hoy tildaríamos de lógica y deseable, no era ciertamente la más extendida, pero fue la que desarrollaron unos pocos visionarios, precisamente los que pusieron en marcha esta Escuela.

Podían perpetuarse las burlas por parte de los irreductibles y continuar dándole la espalda a una novedad nada despreciable, pero algunos ya iban cayendo en la cuenta de los beneficios que producía y el número de los escépticos disminuía a medida que se divulgaba su positivo quehacer y se iban conociendo a los beneficiarios de sus enseñanzas. Bien es verdad que muchos han tardado en enterarse y algunos no han querido aceptarlo nunca. Pero, claro, nadie está obligado a llevar los ojos abiertos cuando sale a la calle.

Quizás la primera confusión procede de que se habla del ejercicio profesional del periodismo como de un arte (comparándolo con la pintura o la poesía en ocasiones), para el que es indispensable poseer una serie de cualidades innatas sin las cuales no es posible actuar certeramente en el mundo de la prensa. Pero el periodismo no es un arte, sino una profesión y una entrega, para la que es evidente que se precisa de una inclinación inicial, sin que se deba apartar necesariamente a los que no la posean en un primer momento, cuando puede alcanzarse de manera sobrevenida. Aquel que cuente con unas dotes tempranas estará en condiciones de llegar más lejos, pero no hay que desestimar a los que han sido capaces de sobreponerse a esa carencia y han adquirido las cualidades necesarias a base de esfuerzo y de estudio.

Por otra parte, el que algunos candidatos a trabajar en los periódicos pasaran previamente por las aulas y tuvieran de esa manera una preparación más intensa y específica para el trabajo que iban a realizar, lo que lograba era poner en evidencia a quienes no contaban con ella y se encontraban en inferioridad de condiciones en relación con los nuevos compañeros. Tal situación resulta claramente molesta para quienes se hallan ya asentados y en ese caso la reacción más común de los afectados es manifestar el desprecio hacia la formación que se imparte fuera de las redacciones y destacar el valor exclusivo de la

experiencia. Esa es la actitud que se prodigaba por entonces y es la que hemos continuado observando con frecuencia hasta el momento presente (aunque ya no con la misma intensidad).

El que ciertos redactores lleguen a su puesto de trabajo con ignorancia sobre algunos aspectos de la realidad con que se van a encontrar no significa que sea inútil el aprendizaje, sino que no ha sido todo lo completo y bien orientado que sería de desear, que tal vez no se han esforzado lo suficiente para adquirir esos conocimientos que se echan en falta o que hay capacidades que solo se desarrollan o se complementan con el ejercicio diario. En otras ocasiones se trata claramente de envolturas marginales, a las que interesadamente se da más importancia de la que tienen.

Para comprender con toda profundidad y amplitud lo que propuso esta Escuela hay que situarse ante el ambiente y la mentalidad que estamos describiendo, hondamente distinta a la de nuestros días. La profesión ha cambiado de manera sustancial en este sentido y se acepta con bastante normalidad lo que en otro tiempo chocaba de frente con lo establecido. Por otra parte, la enseñanza universitaria se ha extendido a toda clase de materias, algunas de las cuales casi resulta inconcebible que hayan encontrado acogida en su seno, y nuestra sociedad muestra una exigencia muy extendida sobre el paso por sus aulas (que valore esta presencia como hace un siglo ya es otro cantar). Por eso puede extrañar que pongamos énfasis en la aportación de los dirigentes de *El Debate*. Pero, como saben los historiadores, toda realidad pasada hay que valorarla en el contexto en el que surge y en la fuerza que muestra ante las resistencias retardatarias a las que se enfrenta.

## Lecciones de una experiencia

Hay sobrados motivos para sumergirnos en la vida de aquella Escuela y sacar a flote los vestigios de sus intenciones y actividad. En primer lugar, para documentar los pasos iniciales del aprendizaje reglado que se ofrece a los aspirantes a trabajar en las redacciones. En segundo lugar, para mostrar los cambios experimentados en la mentalidad de los periodistas respecto a su preparación, carácter de su tarea y la propia consideración de su papel social. No es de menor importancia el rescatar las escasas referencias que se conservan sobre esta iniciativa. Que no son muchas y que se repiten siempre en los mismos términos, pero que bien merecen ser puestas de relieve para destacar su novedad y extraer lecciones que nunca estorban.

Si tuviéramos que resumir los puntos principales de la enseñanza que se impartía en aquella Escuela, aquellos que se hallan en la base de las clases,

asignaturas, lecciones y prácticas tendríamos que fijarnos en las tres siguientes: la ineludible necesidad de dominar el lenguaje, como herramienta imprescindible en la actividad profesional que espera a los alumnos; la dedicación al periodismo como eje en el que se sustenta un periódico frente a la concepción antigua (todavía no extirpada en los medios de la época) que tanta atención prestaba a la opinión; y, por último, el ofrecer criterios sólidos de carácter filosófico y religioso para la defensa de las ideas que consideraban básicas en la prensa confesional y de prestigio.

Bien sabemos que han transcurrido noventa años desde que se puso en marcha y que entre medias se ha producido la catástrofe de una guerra civil que trastocó las vidas y haciendas de buen número de sus dirigentes y alumnos que residían en Madrid, pero sorprende esta ausencia de documentos y relatos cuando se trata de un centro por el que pasaron tantos periodistas, inclinados por naturaleza a consignar por escrito sus experiencias y a conservar los papeles que en su momento manejaron. El caso es que nos encontramos en una situación que hace complicado el recoger datos y recuerdos, y que nos impide consultar archivos que podrían dar muchos detalles de la vida de aquel centro.

¿En qué nos hemos apoyado, pues, para nuestro trabajo? Las páginas de *El Debate* presentaron en su momento informaciones relevantes sobre la vida de la Escuela y eso que no fueron excesivamente pródigos en explicaciones. La puesta en marcha de esta iniciativa no merece sino media columna en la primera página del periódico, con el título de «Cursillo de redacción en *El Debate*» (23 de febrero de 1926). Ninguna noticia más hasta que no llega el final del cursillo y se ofrece una breve nota, con el añadido de la reproducción de los tres mejores trabajos seleccionados entre lo que escribieron los alumnos. Allí aparece la primera fotografía que se divulgó: trece estudiantes con el profesor Manuel Graña.

Poco más en los meses siguientes. Hay que esperar dos años (1928) para encontrarnos con una información relevante sobre los cursos que estaba ofertando el periódico: media portada con la presentación del curso que va a empezar y una explicación de las asignaturas que deben estudiarse en sus aulas. Llegarán los tiempos de la II República, cuando se pone en marcha el plan de estudios de cinco años, y entonces observaremos que se le da un cierto relieve, que en ningún caso se puede calificar de desmedido, sino más bien discreto, tratándose de una obra propia y original.

Antiguos alumnos y profesores que han dedicado algunas páginas a la exposición de noticias y a rememorar las experiencias que vivieron no son demasiados. Anotemos los nombres de Pedro Gómez Aparicio, José María García

asignaturas, lecciones y prácticas tendríamos que fijarnos en las tres siguientes: la ineludible necesidad de dominar el lenguaje, como herramienta imprescindible en la actividad profesional que espera a los alumnos; la dedicación al periodismo como eje en el que se sustenta un periódico frente a la concepción antigua (todavía no extirpada en los medios de la época) que tanta atención prestaba a la opinión; y, por último, el ofrecer criterios sólidos de carácter filosófico y religioso para la defensa de las ideas que consideraban básicas en la prensa confesional y de prestigio.

Bien sabemos que han transcurrido noventa años desde que se puso en marcha y que entre medias se ha producido la catástrofe de una guerra civil que trastocó las vidas y haciendas de buen número de sus dirigentes y alumnos que residían en Madrid, pero sorprende esta ausencia de documentos y relatos cuando se trata de un centro por el que pasaron tantos periodistas, inclinados por naturaleza a consignar por escrito sus experiencias y a conservar los papeles que en su momento manejaron. El caso es que nos encontramos en una situación que hace complicado el recoger datos y recuerdos, y que nos impide consultar archivos que podrían dar muchos detalles de la vida de aquel centro.

¿En qué nos hemos apoyado, pues, para nuestro trabajo? Las páginas de *El Debate* presentaron en su momento informaciones relevantes sobre la vida de la Escuela y eso que no fueron excesivamente pródigos en explicaciones. La puesta en marcha de esta iniciativa no merece sino media columna en la primera página del periódico, con el título de «Cursillo de redacción en *El Debate*» (23 de febrero de 1926). Ninguna noticia más hasta que no llega el final del cursillo y se ofrece una breve nota, con el añadido de la reproducción de los tres mejores trabajos seleccionados entre lo que escribieron los alumnos. Allí aparece la primera fotografía que se divulgó: trece estudiantes con el profesor Manuel Graña.

Poco más en los meses siguientes. Hay que esperar dos años (1928) para encontrarnos con una información relevante sobre los cursos que estaba ofertando el periódico: media portada con la presentación del curso que va a empezar y una explicación de las asignaturas que deben estudiarse en sus aulas. Llegarán los tiempos de la II República, cuando se pone en marcha el plan de estudios de cinco años, y entonces observaremos que se le da un cierto relieve, que en ningún caso se puede calificar de desmedido, sino más bien discreto, tratándose de una obra propia y original.

Antiguos alumnos y profesores que han dedicado algunas páginas a la exposición de noticias y a recordar las experiencias que vivieron no son demasiados. Anotemos los nombres de Pedro Gómez Aparicio, José María García